MIS ANDANZAS ACADEMICAS

JOSÉ RUBÉN ROMERO

MIS ANDANZAS ACADÉMICAS

MÉXICO

1950

DERECHOS RESERVADOS
J. RUBÉN ROMERO
MÉXICO, D. F.

M 808.
5
Rom.
a.

1212

"ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA"

Dije las palabras siguientes, al ser recibido como individuo de número en la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española, el día 14 de junio de 1950:

Señor Presidente de la República:

Señor Director de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española:

Señores Académicos:

Señoras y Señores:

HA dado en llamarse "discurso" a un almácigo de conceptos en los que nada se discurre. Este, que si no os dormís oiréis en seguida, es una sucesión de frases sin ideas, de vocablos que aprendí como se aprenden en la infancia; una especie de cántaro vacío que apenas se llenará con el eco de mi voz, sólo voz, sin meollo de razones, sin aletear de pen-

samientos. Quizás el monótono fluir de mis palabras os sirva de arrullo. Dormid, que cuando lleguen las últimas líneas, os despertará mi silencio... ¡El silencio, que es premio de ancianos, galardón de jóvenes, tristeza de niños, corona de muerte!

Es ley de nuestra docta corporación, en la que destaca como una mancha indeleble la incultura de mi persona, que el académico que substituye a otro haga el panegírico de su antecesor. Paso yo, ahora, a ocupar la silla que, por desgracia nunca bien llorada, dejó el poeta don Federico Escobedo; y, al hacerlo, tengo el deber de referirme a sus méritos literarios. ¡Como si al ilustre desaparecido, ya en la gloria, le importase un ardite el humo vano de mis elogios!

—¿Y qué va a decir de mí este palurdo taimado?, pensará acaso el Padre Escobedo, temeroso de que yo lo enganche

por la desteñida sotana para hacer crítica burda de su excelente obra, pasando por alto que su mejor libro lo llevó cuidadosamente oculto en el almario de su pecho, como un infolio, con cantos dorados, en forma graciosa de corazón.

No, Padre Escobedo, mi audacia no es de tal magnitud que se atreva a discutir los méritos de su cuidadosa y fiel versión de la *Rusticatio Mexicana,* a la cual corresponde por rústico y por mexicano. Además, para mí, es más grande un poeta que un Pontífice, que un Emperador, que un General triunfante en cien batallas. El Pontífice podrá guardar las llaves del cielo; el poeta posee las de la fama. El Emperador tiene poder para dar la muerte a quien ose ofenderlo; el poeta es sólo creador de vida; su imperio es de paz y sus súbditos lo obedecen por amor, no por miedo. Si obtiene victorias, es con la espada del vocablo y tal vez sin otra

coraza que un ajado manteo, como el de Lope de Vega o el de Federico Escobedo.

Justo es consignar que, como réplica a la soberbia de algunos mandatarios, existieron emperadores y pontífices que aceptaron la superioridad del genio. Augusto trató a Virgilio como a un hermano mayor. Paseando por la Quinta *Livia,* el César cojo emparejaba sus pasos vacilantes a los inquietos de su compañero. Virgilio parecía el Emperador y Augusto el rendido poeta.

Al inclinarse Carlos V para recoger el pincel de Tiziano, se dobla la grandeza de un imperio ante el poder del Arte, representado por un hombre que no tiene otro blasón que una paleta.

Federico de Prusia llamó a su lado a Voltaire, el cual fué recibido en Berlín con inmenso júbilo, y a quien se colmó de atenciones y de honores. Voltaire hablaba; Federico oía.

El Gran Duque de Sajonia-Weimar, Carlos Augusto, tuvo tal devoción por Goethe, que le entregó las riendas del Estado; y, al morir, ya en la senectud, el autor de *Werther* fué sepultado junto al príncipe, como un póstumo testimonio de amistad.

Cristina de Suecia escuchó con fervor las lecciones de Descartes, quien debía levantarse a las cinco de la mañana, en el clima cruel de Estocolmo, para conversar con la Reina sobre temas filosóficos.

¡Infelices los sabios y los artistas que al despuntar el alba tengan que "pasar lista" ante los poderosos!

Como Diógenes, habrían de decir a los nuevos Alejandros: "Apártate, no me quites ni el sueño ni el sol".

Los monarcas españoles del Siglo de Oro respetaron las diatribas de don

Francisco de Quevedo, de quien envidio la gracia y el valor para decir verdades. A Felipe IV disparóle algunas flechas envenenadas, y si otro hubiera sido el soberano, el ingenio del genio acabara de muerte violenta. Oíd las ásperas cosas que el rijoso Quevedo decíale a su Rey:

"Rey que duerme, ni la muerte lo quiere. Reynar es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos, da la guarda de sus ovejas a los lobos, y el ministro que no despierte a su señor, no le sirve, le entierra; le infama, no le descansa. Rey que duerme, gobierna entre sueños, y cuando mejor le va, sueña que gobierna. De modorras y letargos de príncipes adormecidos adolescieron muchas repúblicas y monarquías. Señor, tus malos ministros y consejeros te los pone el demonio, ciegos para el gobierno, mudos para la verdad y sordos para el mé-

rito: sólo tienen dos sentidos libres, que son olfato y manos..."

Mas, basta ya de citas de tan ligera erudición. Aquí es, precisamente, en donde encajaría que yo hiciese un estudio de los versos del Padre Escobedo e intentase dar forma de discurso académico a mis deshilvanadas palabras; pero, Señoras y Señores, yo no sé latín, ni griego, ni aun gramática, y si estoy aquí es por un descuido de mis colegas, quienes dejaron el postigo abierto y por él se coló, con mi persona, la cháchara intrascendente de la calle.

Todos vosotros sabéis ya que los libros del Padre Escobedo son dechado de inspiración, salmos a la virtud, cánticos al Supremo Creador, a quien el poeta consagró su numen y su vida. Todos vosotros habéis espigado en la abundante producción del bardo guanajuatense, quien escribió para los más variados gus-

tos: desde el soneto clásico, hasta la oda familiar y sencilla; desde la traducción impecable a nuestra lengua española de innúmeras joyas de un latín que yo no entiendo, hasta esos pequeños sollozos literarios que siento como míos y aplaudo como ajenos:

"Todo es en la Natura simbolismo.
Hay de Puebla en la Sierra encantadora
una a que el indio llama: flor que llora,
flor que llora colgada en el abismo!
Perfecta analogía
encuentro en ella con la patria mía,
y el hado adverso me parece el mismo;
México es una flor encantadora,
pero ¡ay!, es flor que llora,
flor que llora colgada en el abismo!"

Los libros que produce un escritor son como los viejos acueductos de las ciuda-

des: firmes y macizos, si firmes y macizos se hicieron para que por ellos corrieran pensamientos generosos, metáforas argentadas, caudal de aguas cristalinas, útiles para saciar la sed de las mentes inquietas. Los libros de Escobedo serán un acueducto perdurable: cada volumen, un arco de recia arquitectura, y, con el tiempo, un monumento nacional.

Si en su carrera eclesiástica sólo llegó a ocupar una silla de canónigo en el coro salmodiante de la catedral poblana, en las letras de México subió a la sede pontificia. La humildad del hombre vióse coronada por la gloria, como por una mitra, igual que si sobre la cabeza de Simón Pedro —piedra angular de la Iglesia—, vestido con la burda túnica del pescador, esplendiese la tiara del Papa, coruscante de piedras preciosas.

Esta noche quiero dejar constancia pública de cómo conocí al Padre Escobedo

y de la extraña impresión que me produjo. Fué en casa de Genaro Fernández MacGregor, en el año de 1935; celebrábase allí una sesión de la Academia Mexicana de la Lengua, y me llamaron a ella para participarme que yo había sido electo académico correspondiente, substituyendo al "viejecito" Urbina. ¡Al "viejecito" Urbina, aquella cajita de música cuyas notas románticas escuchamos aún con grato deleite si abrimos cualquiera de sus libros!

¿Por qué ocultar el temor de soldado bisoño que experimenté al asistir por primera vez a una reunión de doctores en letras, que supuse hablarían sólo de personajes mitológicos, con el pensamiento de Atenas y las palabras de Aristófanes? Entré en la casa de Fernández MacGregor como entraría un pobre mal vestido en un salón profusamente iluminado y cubierto de espejos. Yo no podré alter-

nar —pensaba— con quienes conocen al dedillo los secretos de la literatura universal y hablarán de Teócrito como de un contemporáneo, y del equívoco Demetrio como del calavera descarriado de su propia familia. Ellos dirán: "Horacio dijo...", y yo solamente podré decir: "Una vez en mi pueblo..." Pero llegué a la Academia y encontré a los Señores Inmortales hablando de todo y recordando, más que a Catón, a Boccaccio.

Mis ojillos brillaron con la malicia de los de un simio y comenzaron a explorar el aspecto de quienes iban a constituir desde entonces mi familia literaria.

Un hombre feo —acaso tan feo como yo, pero de una fealdad que no hacía daño a la vista— platicaba, sentado descansadamente en un sillón. Su cabeza parecía un cepillo, y las arrugas de su frente una red enmarañada de sutiles hilos telegráficos. Descuidado en el vestir,

como todos los clérigos ancianos que usan sotana, porque se acostumbraron a que ésta tape su desaliño. Pregunté quién era y dijéronme que Federico Escobedo, sacerdote y poeta. A poco andar las manecillas del reloj ya estaba yo platicando con *Tamiro Miceneo,* llamémosle así, con su nombre de árcade, para evitar una repetición, aunque a mí los nombres de la Arcadia parézcanme cursis. Pero quien llevó ése en vida, cubría con su bondad y sencillez cualquier retorcimiento retórico.

—Yo le conozco a usted, me dijo, por sus pícaros libros, que he cometido el pecado de leer.

—Y yo a usted, Padre, a través de sus versos, de los que algunos retengo en la memoria.

Contóme que había vivido en Zamora y hablamos largo y tendido de las huertas de Jacona, cuyas guayabas parecen de

verde jade, y del melancólico Nervo, quien fuera místico seminarista en aquel rincón del paraíso michoacano.

No me siento con la capacidad necesaria para analizar la prócer figura de Escobedo, ahondar en sus libros y desgranar una a una sus estrofas, como avaro que perdiera el juicio y contara públicamente su tesoro.

El poeta se yergue ante mí cual una estatua pulida en el mármol de sus virtudes. Lloverá sobre ella la nieve de los años; azotarán su base las ráfagas de novísimas escuelas literarias; acaso, no se detengan a contemplarla los turistas del Arte, genios en embrión que pasean su desdén sobre la letra de los viejos cánones y llevan, por único equipaje, la incoherencia de algún obscuro poema que sólo a ellos les es dado escrutar y a Dios entender. Pero la estatua inconmovible trunfará de las inclemencias del tiempo,

iluminando con su clara luz de verdad, el crucero de los tres caminos: el de ayer, el de hoy, el de mañana...

* * *

Ya que mi ineptitud no me deja rendir el homenaje que reclama esta ocasión para el señero bardo de los *Madrigales Marianos,* me atreveré a esbozar, pese a mi torpeza, la semblanza de los demás académicos que conocí aquella noche, algunos de los cuales se adelantaron a Escobedo en esa travesía en la que Gayosso conduce la barca de Caronte.

Presidía la sesión don Federico Gamboa, cuyas finas maneras delataban al antiguo diplomático, y sus bigotes retorcidos, como la cola de un alacrán, al petimetre de 1890.

¡Qué facilidad de palabra la suya y cuán distinta su charla sabrosa del tono

un tanto rebuscado de sus escritos! Parecíanos increíble que se pudiera disertar con igual fluidez, sin una repetición ni una sola palabra vulgar. El hombre débil físicamente, posee en el lenguaje una fuerza atómica capaz de remover algo más grande que la tierra: el alma. Gamboa era un ejemplo de tal fuerza. Su cuerpo menudo crecía a los ojos de quienes lo escuchaban, sin que tuviera que recurrir al registro de lo trágico; y con gracia inimitable hacía pasar por buena moneda hasta sus escarceos políticos. A manera de muestra, relataré este hecho que oí de sus labios:

Era Ministro de Relaciones con Victoriano Huerta, cuando fué postulado para la Presidencia de la República. Así lo informó, en uno de sus acuerdos, a su jefe, quien le dijo que para aceptar la candidatura le llevase previamente su renuncia. Cuando don Federico puso tal

documento en manos de Huerta, éste lo guardó en un cajón de su escritorio, al que echó llave.

—¿Y qué partido lo postula a usted, señor Gamboa?

—El Partido Católico, repuso nuestro ilustre literato.

—Está bien, contestóle Huerta, pero quiero advertirle que, si gana, no le entregaré el poder.

Cuando don Federico lo contaba, se moría de risa.

(Aquí abro un paréntesis: los Ministros de entonces solían renunciar antes de hacer política, y los Presidentes de nuestro tiempo ya no emplean como urna electoral la cazoleta de una espada).

Desde mi pequeño escabel, aquella noche oía yo a Gamboa embobado, pensando: no puede ser un santo quien hizo *Santa.* Pero no fué la humilde pecado-

ra de Chimalistac el único galardón literario de don Federico: *Suprema Ley, La Llaga, Reconquista,* fueron alas que le elevaron a la celebridad.

Don Darío Rubio, Secretario Perpetuo de la Academia, comparte con Sancho Panza el amor a los refranes y a los pucheros de donde se espuman perniles y pollos capones. Nada importa la afonía si el espíritu tiene resonancias susceptibles de vibrar al más ligero soplo del arte. Don Darío es un secretario sin voz, pero con voto. Allá en sus mocedades, tuvo voz y voto en todos los festejos del Mineral de la Luz; fué actor vocacional de comedias representadas por aficionados; tal vez, un buen barítono en las rondas nocturnas; y siempre, un corazón lleno de alegría al servicio de sus amigos. Actualmente no habla, pero escucha hasta el volar de una mosca, come de todo en los banquetes, y, en horas de meditación,

engarza *refranes, proverbios, dichos* y *dicharachos mexicanos* para enriquecer con ellos nuestro lenguaje nacional.

Allí estaba don Alejandro Quijano, poseedor de una vasta colección de *Quijotes,* en todos los idiomas. Dentro de la Academia, Quijano es Alejandro el *Grande;* fuera de la Academia, podría llamarse Alonso Quijano el *Bueno,* protector de pobres y desfacedor de entuertos. Si Don Quijote hubiera engordado, sería como él: batallador de la mente, y, a la vez, sedentario y cuerdo. Quizás, cambiado el escenario, trocada la venta manchega en una casa señorial de México, nuestro Alejandro fuera capaz de pronunciar un nuevo discurso de las Armas y las Letras; mas, a la inversa del inmortal hidalgo, daría a las Letras la preeminencia que merecen. Curador de palabras, peritísimo doctor en léxico, llena con cuestiones de semántica los escasos

minutos que le dejan sus múltiples actividades mundanas, periodísticas, de abogacía y de servicio social. Así se llaman ahora las funciones del bíblico samaritano que curaba las heridas con aceite y vino: ¡la penicilina de aquel entonces! Porque todos cargamos una cruz; pero Alejandro lleva a cuestas otra más: la Cruz Roja. Que las almas caritativas le sirvan de cireneos. Que los ricos den, como quiera que sea: ostensiblemente, calladamente; ignórelo su mano izquierda, o pregónese en las plazas públicas. La virtud de dar es más grande que el pecado de ostentación.

¡Con qué propiedad las bocinas de las ambulancias de la Cruz Roja llámanse "sirenas", puesto que su voz pretende despertar los sentimientos altruistas de los esforzados argonautas de la vía pública!

El cuerpo y el alma de Alejandro Quijano caminan acordes: bondad interior, bondad exterior, y, a mayor recipiente corresponde mayor cantidad.

El cuerpo gigante de Alejandro Quijano es un latifundio de virtudes, sin otros pecadillos que los de la carne, que lo hacen imperfecto y, al mismo tiempo, perfectamente humano.

Un viejecito con voz de niño bueno permanecía quieto en su sillón. Hablaba con todos, reconociéndolos por sus voces, con ese don de los ciegos que concentran en sus oídos la extinta vida de sus ojos. Por los sonidos, los ciegos miden las distancias, la estatura de una persona, su estado de ánimo, su carácter, su edad. Con más justeza un ciego tan sensible como don Luis González Obregón. Quizás sus ojos, faltos de luz, percibían mejor que nadie el pasado, en donde se acomodó y rodeó de personajes de otros siglos, cons-

truyéndose un mundo que no necesitaba ver ni palpar. Allí, sentado como un niño bueno, su fantasía combinaba el atavío de nuestras personas, más en consonancia con las épocas revividas en sus obras, poniendo ya una gorguera almidonada en el cuello de Valle-Arizpe, ya un jubón bordado de oro en el talle de Fernández MacGregor, ya un hábito de parda jerga en don Manuel Romero de Terreros, ya una zamarra de pastor en don Federico Escobedo, ya una chupa de dómine en don Mariano Cuevas.

¡Este es don Luis González Obregón —mirábalo yo desde mi pequeño escabel—, cuyo portentoso cerebro conserva fielmente las figuras de nuestra Historia, desde la retadora faz de un Cuauhtémoc, que aún gobierna sin haber reinado, hasta las de algunos Presidentes que reinaron sin gobernar!

Los hombres solemos adoptar la apariencia de aquellos animales que más nos simpatizan. Enrique González Martínez, mientras calladamente deja pasar los vilanos de su pensamiento, melancólico y reflexivo, nos parece un buho. Enrique González Martínez es un árbol añoso que todas las primaveras cambia de follaje.

De los personajes que componen esta breve galería de bocetos, tal vez González Martínez era, aquella noche, el que despertaba en mí curiosidad mayor. ¡Cuántos lugareños como yo viajamos por sus *Senderos Ocultos* y, en *La Hora Inútil,* escuchamos *La Palabra del Viento!* ¡Como unos *Romeros Alucinados,* vimos *Las Señales Furtivas,* y, en nuestras horas de soledad *le torcimos el cuello al cisne de engañoso plumaje!*

El poeta en persona, estaba frente de mí, sin hablar de poesía, sin recitar sus

versos, en contraste con los bardos de provincia, que atosigamos con ellos a cuantos nos rodean.

(Aquí otro paréntesis: don Rutilio Gaitán, de Tacámbaro, me decía: —Si usted no fuera tan prolífico y no me dijera versos nuevos todas las mañanas, ya me hubiera aprendido de memoria sus primeras composiciones.)

El juglar de Cotija quedóse absorto ante el silencio del poeta. Bien está la lección; las rimas son para saborearse en la intimidad, y, a lo sumo, para que dejen en nuestras almas un matiz delicado de tristeza.

Los poetas tendrían que ser clasificados entre los músicos: deleitan sin hacer daño. En sus estrofas no hay veneno; quede éste para las novelas de tesis. La tesis de los verdaderos poetas es amar al Arte por el Arte mismo.

Mientras yo observaba al traductor elegante que recogió las flores más encendidas en los *Jardines de Francia,* sus ojos misteriosos miraban el ámbar líquido de un whiskey, en el fondo insondable de un vaso...

Don Carlos Díaz Dufoo y don Balbino Dávalos mezclaban, al conversar, su erudición, o sus recuerdos juveniles. Pero, ¿es cierto que la vejez se nutre de recuerdos? ¿No vive, más que la juventud, de esperanzas? Hay recuerdos que agobian la conciencia, y la esperanza la aligera.

Balbino Dávalos y Díaz Dufoo, productos de nuestro trópico americano —el primero nació en Colima, el segundo en Veracruz— me parecieron, el uno, un contertulio de los Goncourt, y el otro, un discípulo de Leroy-Beaulieu. Ambos representaban los dos Talentos griegos: el poético y el crematístico. Balbino

acuña versos "al ensueño y al amor; a la vida, al arte", en tanto que Díaz Dufoo escribía estudios comparativos sobre los diversos sistemas económicos del mundo. Cada quien, a su modo —pensé—, cultiva una dorada quimera.

Llevo dicho ya que aquella sesión académica, en donde recibí mi bautismo de "hombre de letras", sin letras, celebrábase en la casa de Genaro Fernández MacGregor; agregaré ahora: con el aditamento de una cena exquisita. En torno de una "bien abastada" mesa, contemplando el paisaje de las más suculentas viandas —huauchinangos color de rosa, de aristocráticos monóculos; pollos rellenos; lomos mechados; alcachofas vestidas de crinolina que sangran la miel de sus corazones— es como se abordan con una cálida elocuencia los más disímiles temas, desde la etimología de una palabra, hasta la disección de un amor. Vis-

tas al través de una copa de "bon vino", no hay doctrinas que choquen con violencia, y los rostros de los adversarios adquieren una cordialidad amistosa. Acaso sea éste el secreto de que, carente de casa propia nuestra Academia, efectúe sus juntas en las de aquellos de sus miembros con prosapia de Mecenas, y el de que cada una de sus sesiones acabe pantagruélicamente. Desde que me nombraron académico he subido de peso.

Genaro Fernández MacGregor viste tan bien su prosa como su persona, con la pulcritud de un *dandy* y la prestancia de un prócer. Ni sus *Novelas* son *Triviales,* ni es *tardía* su *mies.*

Con natural elegancia se movía aquella noche en su propia morada, como por las páginas de sus libros, diríase que de chaleco blanco y flor en el ojal, aunque ambas cosas hayan sido proscritas por el uso de un *sweater* marcado con las cifras

de algún club de nadadores. Vivimos en una época en la que el músculo supera al cerebro y un futbolista gana en dinero y prestigio mucho más que un sabio.

Unos ojillos claros que se atalayan en lo alto de una enorme nariz; suave el tono en la charla y en la sonrisa desleída; este es Mediz Bolio, el peregrino del Mayab, el de *La Tierra del Faisán y del Venado,* el que engarzó en *La Noche de los Mayas* la estrella luminosa de un gran corazón. Mas, ¿cuándo es realmente grande el corazón del hombre? Se dice de un valiente soldado: "tiene un gran corazón". Lo mismo aseguran del filántropo, de quien sabe ser amigo, de quien comparte las alegrías y las penas de los demás. Pero se necesita un corazón muy grande para no odiar, para perdonar las injurias, para abrazar al enemigo, para perfumar, como el sán-

dalo, la mano que hiere. Mediz Bolio es un gran corazón, lleno de trinos.

Carlos González Peña, sentado junto a Mediz Bolio, hacía retroceder mis recuerdos y me situaba en el año de 1920, en la redacción de *El Universal.*

Carlos es rápido para pensar y lento para decir. Encontróse, *De Noche, Una Chiquilla,* que fué para él *Musa Bohemia.* Pueblerino, como yo, ama a Lagos de Moreno con la misma fuerza con que yo adoro a Michoacán.

—¿Y el chocolate espumoso? —pregúntame siempre que nos encontramos.

Y yo le contesto:

—Es el último amor de mi vida. Los únicos besos que ya calientan mi boca son los que recibo de los labios de mi taza de chocolate.

Cierro los ojos y veo a Carlos González Peña, con un libro bajo el brazo,

entrar por la calle de Iturbide y allegarse hasta *El Universal.* Aquí saluda a María Luisa Ross; allá, a Carlitos Noriega Hope; más allá, al *Abate Benigno.* Tres muertos injustamente olvidados.

En medio del estruendo de las prensas, en una angosta galería de cristales, hablábamos de teatros y de libros. Yo intentaba engañarlo, haciéndole creer que leía mucho, aunque el engaño no prendía porque mi cultura ha sido siempre una página en blanco.

Alfonso Junco es el más joven de la reunión, pero sus versos nacen adultos. Los poetas que se salen de la tierra para cantar a Dios nunca envejecen.

Mi socarronería ranchera háceme desfigurar un poco a Junco, con sólo imaginarlo fumándose un enorme cigarro. Con el puro en la boca, se convierte en Lorenzo Garza, y esta dualidad de personas, me hace gracia: ¡Alfonso Junco

toreando; Lorenzo Garza escribiendo; ambos, maestros en sus respectivas actividades! Que no se ofenda el señor Junco si lo comparo físicamente con un torero; que no se ofenda el señor Garza si lo comparo con un poeta. El poeta nos da la emoción en las lides literarias; el torero en las del coso. La del torero estremece nuestros nervios; la del poeta, nuestras almas; y cada uno es libre de tener un concepto muy elevado del Arte que practica. Cuéntase que en cierta ocasión Pastora Imperio le dijo a Doña María Guerrero:

—Ustedes las cómicas tienen una vida más fácil que nosotras las artistas.

¡Hasta yo mismo he pensado que a mis libros los anima un leve, un imperceptible soplo de arte!

Los versos de Junco son, como decía Cervantes de los de Lope de Vega: "bien vestidos, bien sentidos, bien medidos".

Artemio de Valle-Arizpe permanecía callado. Con los bigotes enhiestos, como un fino gato de Angora, parecía ronronear cerca de la chimenea. ¡Extraños silencios de Artemio! El, que en la intimidad es una arquilla de graciosas murmuraciones, apenas está entre media docena de personas, enmudece, tal los pájaros en la pelecha. Mas "en pequeño comité", el señor don Artemio es delicioso: cuenta lo que le oyó decir a don Luis de Velasco, segundo Virrey de aquesta Nueva España, las confidencias que Sor Juana Inés de la Cruz hízole sobre los hombres necios que, siendo monja, tan bien conocía, la última travesura del licenciado Zubieta, el postrer epigrama callejero... Artemio es capaz de arrancarle sus secretos a las paredes del Palacio Nacional y echarlos después a la calle, escritos con diabólica malicia y seráfico aliño.

Cuando Artemio fallezca —y esperamos en Dios que esto no ocurra sino en algún siglo venidero— a enterrarlo irán las monjitas de todos los conventos, los confiteros de todas nuestras ciudades de azucarada tradición —Morelia, Puebla, Querétaro, Celaya—, los infantes de Catedral, el Honorable Cabildo, y todas esas gentes raras que trafican con las cosas viejas y que acaban por parecerse a ellas. El duelo, ¿quién lo duda? será presidido por *Canillitas* y por *Pito Pérez.*

Sobre la sepultura de Artemio, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, colocarán la palma y la corona que corresponden a su inviolada soltería.

Alberto María Carreño es maestro en diversas ciencias. Podríase decir: un Profesor de Vida y Esperanza. Católico de profundas raíces, desprovisto de todo fanatismo, sabe por experiencia que de la discusión nace la luz, y lo mismo arguye

por México sus derechos sobre El Chamizal, que por los católicos perseguidos, la facultad de vivir en paz, amando a su Dios, dentro de nuestra Patria.

Hubiera sido interesante escuchar una plática entre don Pascual Díaz, Arzobispo de México, y su secretario don Alberto María Carreño. Acaso en el calor de sus conversaciones brotaran, como rosas de púrpura, vocablos de esos que, según me han contado, sonrojan a las damas; pero don Pascual Díaz y don Alberto María Carreño podrían decirlos cristianamente, sin ofender a nadie. Un hombre que sabe Literatura, Economía Política, Historia del Comercio y Geografía, amén de otras disciplinas intelectuales, ¿cómo no va a tener el derecho de saber unas cuantas palabras gruesas? Díganse en buena hora, pero con oportunidad y gracia, que para algo las consigna

el venerable Diccionario de la Real Academia Española.

Pensarán los que me oyen que don Alberto María Carreño es un malediciente. Me desdigo, si así lo dí a entender, queriendo tan sólo expresar que el Académico Carreño es campechano y francote; y un hombre con tales virtudes suele ser tomado por brusco. ¿Cuál sería entonces el adjetivo que a mí me vendría bien?: el de deslenguado. Lo estoy leyendo en vuestros ojos.

Alberto María Carreño es todo un Monseñor, sin los paramentos violetas de un Príncipe de la Iglesia.

Si el nombre de don Manuel Romero de Terreros y Vinent es largo, a la usanza de los grandes señores, mucho más largas son sus virtudes, que comienzan con la humildad, virtud de virtudes.

Mirándole bien, desde mi pequeño escabel de sombras, más que un noble de altiva prosapia, paréceme un santo.

Yo no estoy hecho a tratar con marqueses, y opino como mi paisano el Cura Morelos, que no hay otra nobleza que la del corazón. Don Manuel Romero de Terreros tiene esta nobleza, y con título tan preclaro le basta. Toda la legión social de "Los 300 y algunos más" debiera mirarse en él.

Es un modesto profesor de Filosofía y Letras; pero quien enseña tales materias es porque conoce el secreto de la vida, de la vida que debe ser toda filosofía, como las letras son la esencia del saber humano.

Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco... de Asís: yo os otorgo este título.

¿Y con qué derecho otorgo títulos a nadie, yo que estoy en esta Academia tan sólo por la gracia y favor de quienes a ella me trajeron? No me cansaré jamás de repetir que no soy académico. Trabaríase mi lengua si me obligaran a decir que soy el *recipiendario* de esta noche. Desde luego, al tomar posesión de la silla de don Federico Escobedo, valido de mi contumacia, no sigo la tradición y pergeño un discurso arbitrario, sin calidad retórica ni reglas gramaticales. Los años suelen ser el sepulcro de las rebeldías, como éstas el disfraz de la impotencia. Impotente para escribir bien, y bien hablar, pretendo aparecer como un rebelde en contra de los ordenamientos de nuestra ilustre cofradía, prefiriendo pasar por extravagante y no por inepto; pero a ninguno de vosotros confunde —lo adivino— tan inocente ardid.

Don José López-Portillo y Rojas, precisamente en su respuesta al Padre Escobedo, cuando éste llegó al sillón que no me atrevo ni a tocar, afirmó que las actividades académicas habían estado en suspenso debido a la anómala época que viviera nuestro país. Tal anomalía era la *Revolución Mexicana,* y si no hubiera sido por ella, hecho extraño también, no me hallara yo en el seno de esta Honorable Corporación.

Nada escapa al movimiento evolutivo de los pueblos: ni las creencias, ni las costumbres, ni siquiera las Academias.

Vosotros me trajisteis aquí, realizando, tal vez sin premeditarlo, un acto revolucionario, y, al votar por mi admisión, en vuestros cerebros se terciaron las carrilleras de la rebeldía, con la tácita anuencia de los clérigos de la Academia, pues si yo le preguntara a don Federico Escobedo, redivivo: "¿es pecado que los

pobres vivan una vida mejor? ¿es pecado que sueñen con ella?, don Federico Escobedo, mirando su raída sotana, me contestaría: "no, no es pecado que los pobres aspiren a tener algún bienestar y que se junten para alcanzarlo. En el reino de Dios todos somos iguales; seamos también iguales en la tierra".

Tal es, en el fondo, la doctrina de la Revolución Mexicana; mas, ¿acaso no destruyeron tan noble aspiración, con su codicia y su afán de mando, algunos de los mismos hombres que la proclamaron? Porque los hombres de la Revolución fueron, simplemente, la lava de un volcán, el gesto desesperado de una miseria secular, la mezcla confusa de virtudes y vicios atávicos que lo mismo producen al héroe que al pillo. Pero la erupción de un volcán, como espectáculo, es grandiosa; estremece la tierra y llena de vivos colores el cielo. Tierra y cielo ilu-

minados y estremecidos a la vez: tal fué la Revolución Mexicana. Yo vi nacer este fenómeno; yo presencié cómo se fueron juntando sus elementos creadores y destructivos; yo traté al ángel y al demonio, y sentí en mí mismo que la Revolución no era mala, ni estéril, ni impía. Sus máculas fueron obra de la crueldad humana, pero no tuvo en su prístina esencia las tortuosidades inherentes a los movimientos políticos. Bastóle su propia razón de ser y se "motorizó" a sí misma, al grado de que, acaso, hubiera preferido no tener caudillos para no volverse instrumento de ocultas pasiones. Sobre el charco de la sangre de Abel flotó siempre la esperanza redentora del pobre; los que tuvieron alas, volaron; los mezquinos, optaron por forjar con oro los grilletes de su conciencia.

La Revolución no fué estéril: sembró semillas de libertad; amamantó las artes

autóctonas; recogió las canciones del campamento para formar con ellas una gran rapsodia mexicana, que es un himno, y, desarticulada, ¡muchos himnos!, escribió en los muros, con el pincel de sus pintores, la tragedia de México, e hizo el intento de expresar en español —en la lengua de esta Honorable Academia— la crónica de nuestra época, retratando sus tipos y sus costumbres, sin recurrir a moldes extranjeros.

Y la Revolución Mexicana no fué impía; millares de sus soldados murieron con un escapulario sobre el pecho, y a gentes profundamente religiosas, como a mi madre, les oí rezar porque la Revolución triunfara.

Pensaréis vosotros: ¿a cuenta de qué sale a relucir un tema tan ajeno al acto que nos ocupa? Mas yo espero que vuestra clara inteligencia responda, en mi nombre, a la pregunta: yo fuí uno de

aquellos ilusos de la Revolución, sin alas para levantarme y ser un héroe; sin la pobreza indispensable para ser un mártir; sin el oro de Fausto para ser un demonio vencedor. Tuve todas las rebeldías de un hombre puro, aunque ahora corrompido en la molicie de una vida fácil, camine por el lodo, mirando con envidia a las estrellas...

Estoy aquí, sin saber escribir, y al aceptarme entre vosotros, admitís que se acomode a vuestro lado todo un pueblo; aquel que hizo la Revolución y de donde surgieron, sin saber escribir tampoco, los personajes de mis libros. Y como ni ellos ni yo somos ateos, y como la Academia es un templo, y a los templos entramos a orar, mis pensamientos se arrodillan, con la sincera devoción de los humildes, y musitan una plegaria:

Por la paz universal;

Porque el amor impere en el mundo;
Porque nuestra patria sea feliz.

Digamos con Virgilio: OMNIA VINCIT AMOR. Y éste es el único latín que yo me sé.